DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Anselm Parés, monje de Montserrat
2 de julio de 2017
2Re 4, 8-11.14-16a / Rom 6, 3-4.8-11 / Mt 10, 37-42

Todas las lecturas que nos han sido proclamadas en la misa de hoy, hermanos y hermanas, tienen un hilo conductor. Este hilo es la enseñanza de Jesús a los que queremos seguirlo, a sus discípulos de todos los tiempos.

Esta enseñanza, ya lo veremos, no puede ser otra que la práctica del amor de Dios, y de la caridad con nuestro prójimo. Es lo que nos pide el mandamiento resumen de la Ley de Dios: Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

Ya la primera lectura, que es un fragmento del 2º libro de los Reyes, que nos transmite un episodio de la vida del profeta Eliseo, nos habla de una mujer del pueblo de Sunam que quiere obsequiar al profeta Eliseo. Le hace construir, de acuerdo con su marido, una habitación en la terraza de su casa, para que el profeta se pueda retirar y descansar cuando pase por su pueblo. El hombre de Dios, Eliseo, en agradecimiento le hace un obsequio. Le dice a la mujer, que no tenía hijos: "El año próximo, por esta época, tú estarás abrazando un hijo". A mí me impresionan estas palabras de Eliseo, porque son aproximadamente las mismas que dirigió el Señor a Sara, la esposa de Abraham, cuando fue recibido por él como huésped en la encina de Mambré.

Este episodio del Antiguo Testamento nos muestra el cumplimiento de una frase de Jesús que hemos escuchado en el evangelio de hoy. Dice "el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta". Efectivamente, la mujer sunamita acogió el profeta Eliseo en su casa y, aunque no sale en la lectura de hoy, el año siguiente tuvo un hijo, tal como el profeta le había anunciado.

La segunda lectura, que es un fragmento de la carta de San Pablo a los Romanos, nos habla de la nueva vida en Cristo que tenemos que llevar los que hemos sido bautizados. Efectivamente, San Pablo nos dice que por el Bautismo fuimos sepultados con Cristo en su muerte. Y, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por su Padre, también nosotros hemos de emprender una vida nueva. Esta vida nueva, aunque el fragmento de hoy no lo explicita, es la práctica de la caridad, fundamento de la vida cristiana.

Finalmente, el evangelio que nos ha sido proclamado, hermanos, nos habla de la radicalidad que pide el seguimiento de Jesús. Mencionaré sólo el comienzo: "El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí". Y continúa en la misma línea de radicalidad hasta la mitad del evangelio.

No hay que asustarse por esta radicalidad que pide Jesús a los que lo quieren seguir. Pienso que no la pide a todos, sino a quienes lo quieren seguir más de cerca.

Durante su vida pública en nuestro mundo, tenía muchos discípulos que lo seguían; unos más cercanos, como los apóstoles, y otros que lo seguían más de lejos. Hasta que llegó un momento que muchos lo dejaron, tal como nos transmite San Juan en su evangelio.

Todos los cristianos, que hemos sido bautizados, estamos llamados a seguir a Cristo. Y Él quiere que perseveremos en su seguimiento hasta el final de nuestra vida. Esto, hermanos y hermanas, no es algo fácil en nuestro mundo tan complicado. Necesitamos su ayuda. La podríamos pedir hoy, en esta Eucaristía que estamos celebrando.